

la pluma para disipar estos vanos temores. Las devastaciones de Francia por los normandos, de España y de Italia por los sarracenos, y de Alemania por otros bárbaros, tuvieron mas parte en esta preocupacion popular que las visiones del ermitaño Bernardo.

Habia pasado ya el terror cuando se empezaron á reedificar las iglesias y restablecer el culto divino; entonces se hicieron grandes fundaciones; pero las mas, dice Fleury, no eran sino la restitution de los diezmos y demás bienes de la Iglesia, usurpados en las anteriores turbulencias. *Costumbr. de los crist., núm. 62.* No se debe, pues, acusar á los monjes de haberse aprovechado del aturdimiento de los ánimos para enriquecerse; esta sospecha injuriosa no se funda en ningún hecho positivo.

De todas estas reflexiones resulta, que el sistema de los incrédulos respecto á la influencia del temor sobre los hechos acontecidos en la Iglesia hace diez y ocho siglos, es un delirio tan frívolo como el miedo de ver el fin del mundo dentro de poco.

En el dia se ven algunos teólogos partidarios ciegos de un figurismo exagerado, que comparando el Apocalipsis con las dos Epístolas á los Tesalonicenses, y con la profecía de Malaquias, forman una historia del fin del mundo, del Antecristo y de la venida de Elias, tan clara y minuciosa como si hubiesen asistido á todo esto. Les felicitamos por su penetracion; pero fueron ya tantos los delirios sobre este objeto, que convendría que se abstuviesen de ellos en adelante, y renunciasen el conocimiento de lo que Dios no quiere revelarnos. Véase ANTECRISTO, y la *Disertacion sobre los signos de la ruina de Jerusalem y sobre el fin del mundo, Biblia de Aviñon, tom. 16, pág. 403; tom. 13, pág. 416.*

Murmillos, Rumores. Esta palabra, en la Sagrada Escritura, no solo significa una simple queja, sino tambien un espíritu de desobediencia y de rebelion, acompañado de palabras injuriosas contra la Providencia; en este sentido condena S. Pablo los murmullos que tenían con frecuencia los israelitas. 1^a *Epíst. á los Corint., x, 10.* Murmuraron contra Moisés y Aaron en la tierra de Jesen, cuando el rey de Egipto aumentó sus trabajos, *Éxod., v, 21;* á las orillas del mar Rojo, cuando se vieron perseguidos por los egipcios, *xiv, 11;* en Mara, por causa de la amargura de las aguas, *xv, 24;* en Sin, porque les faltaba comida, *xvi, 2;* en Rafidín, porque no tenían agua, *xvii, 2;* en Faran, cuando se disgustaron del maná; *Núme-*

ros, xi, 1; y despues de la vuelta de los exploradores de la tierra de promision, *xiv, 1.* Estos murmullos sediciosos en un pueblo que habia recibido tantas pruebas, tantas atenciones y tantos beneficios sobrenaturales de la Providencia, eran muy dignas de castigo; y así Dios no las dejó impunes.

Algunos incrédulos trataron de sacar ventajas de estas murmuraciones. Si Moisés, dicen, hubiese dado tantas pruebas de una mision divina como suponen, no es posible que los israelitas se hubiesen rebelado contra él con tanta frecuencia. Pero la misma historia que refiere sus revoluciones, nos enseña tambien que fueron siempre castigados de un modo sobrenatural, con un contagio, con fuego del cielo, con serpientes, con simas abiertas repentinamente bajo sus piés; que se vieron siempre en la precision de volver á la obediencia, y de pedir perdon de su culpa; y que el mismo Moisés era siempre su intercesor para con Dios. Estas, pues, mas son pruebas de su mision divina, que no argumentos que se puedan objetar contra Moisés.

Murmuracion. V. MALEDICENCIA.

Musach. Esta palabra hebrea se conserva en la Vulgata en el *Lib. 4 de los Reyes, xvi, 18, Musach Sabbathi;* y es muy incierta su significacion. La paráfrasis caldea puso *exemplar sabtha,* que aun es mas oscuro. Los Setenta los tradujeron por la base ó fundamento de una silla ó de una cátedra; el siríaco y el árabe tradujeron la *casa del Sábado.* Entre los comentadores, unos dicen que era un lugar del templo donde se sentaban los dias de sábado; otros que era un púlpito; otros que era un armario, y muchos finalmente que era una especie de atrio ó pórtico por donde se comunicaba desde el palacio de los reyes al templo, y que hizo cerrar el rey Acáz. Poco importa saber cuáles son los que juzgan mejor.

Música. V. CÁNTICO ECLESIASTICO.

* **Mutilados de Rusia.** Los origenistas ó los valerianos (véanse estas palabras), tomando al pié de la letra en el sentido material una palabra de Jesucristo, creían hacer una accion meritoria mutilándose á sí mismos. Despues de estos ejemplos de un frenesí condenado enérgicamente en el concilio de Nicea, sorprenderá menos el saber que en los lugares inmediatos á Toula, está diseminada una secta ya antigua que admite y practica la mutilacion. Catalina II trató de reprimir este fanatismo, y los iniciados en la secta, tan luego como eran conocidos, eran entregados á la irrision pública. Alejandro

adoptó á su vez medios de represion. No obstante la severidad de estas medidas, no se amortiguó siquiera la exaltacion fanática de los sectarios. Para vencer su obstinacion, hácia el año de 1818 se quiso deportarlos á la Siberia; mas lejos de intimidarse, todos estos insensatos envidiaron entonces el martirio. Fué preciso, pues, que el gobierno ruso cerrase los ojos para con una secta, cuya publicidad podia favorecer sus progresos, sobre todo entre los marinos de la flota imperial.

Myron. V. CRISMA.

* **Mytho, Mito ó Fábula.** La palabra griega *μῦθος*, de que nosotros hemos hecho la palabra *mito*, se deriva del primitivo *μῦς*, que corresponde á los verbos latinos *musso, muscito.* Los clásicos le han dado muchas acepciones bastante diferentes.

Así, en Homero y en los escritores de su escuela, *μῦθεται* y *μυθολογῆναι* significan propriamente *hablar, referir,* y *μῦθος*, entonces sinónimo de *λόγος*, tiene el sentido de *discurso, narracion, palabra,* sin que le sea inherente ninguna idea de verdad ó de mentira.

Mas tarde, dice Eustacio, se reservó *λόγος* para la expresion de la *realidad,* y *μῦθος*, empleado con un epíteto ó sin epíteto, designó una *ficción, una narracion fabulosa.* J.-L. Hug no admite enteramente esta opinion. Pretende que aquellos que antes de Herodoto consignaban en sus obras las leyendas relativas á los dioses y á los héroes, eran llamados *λογοποιῶνται*, y que esta denominacion les era comun con el fabulista Esopo. La palabra *μῦθος* tenia entonces una significacion propia y diferente. Mas la filosofia cambió esta manera de hablar, y desde entonces fué empleada para modificar las *fabulas* de los dioses, es decir, las composiciones semejantes á las de Esopo.

Sea de esto lo que quiera, esta palabra pasó á la lengua latina y á las lenguas europeas modernas. Como es mas elástica y se presta mejor á los caprichos y á los designios de los exégetas, que la palabra latina *fabula,* estos se apoderaron de esta como de un excelente hallazgo; porque (ellos se han visto obligados á confesarlo) si hubiesen querido tratar de *fabula* á nuestra Sagrada Escritura, no hubieran hecho mas que desacreditar su sistema.

Por *mito* se entiende una tradicion alegórica, destinada á transmitir un hecho verdadero, y que en lo sucesivo por un error ha sido tomada por el hecho mismo; el sentido mítico es el que se da á los pasajes de la Escritura que se consideran como simples *mi-*

tos. Así la historia de la tentacion y de la caída de Adán y Eva, la historia de la torre de Babel, si se tomasen en el sentido *mítico,* no serian mas que ficciones alegóricas, inventadas por un antiguo filósofo para explicar el mal moral y físico, ó la diversidad de las lenguas, y que en lo sucesivo han venido á tomarse por estos mismos hechos. Mas el sentido *mítico,* aplicado á la Sagrada Escritura, es una verdadera quimera, no se le puede dar sin hacerle una violencia sacrilega; y la cuestion de saber si la Escritura contiene *mitos,* cuestion muy agitada desde el último siglo, debe resolverse de una manera negativa.

En primer lugar, no hay *mitos* en el antiguo Testamento, como Jahn lo ha demostrado perfectamente:

« 1^o La razon principal en que se fundan los partidarios de la interpretacion mítica del antiguo Testamento, se halla ya en las ideas de Varron. En efecto, dice que las edades del mundo pueden dividirse en tiempos oscuros, tiempos míticos y tiempos históricos. En todos los pueblos, la historia es en un principio oscura é incierta, en seguida mítica ó alegórica, y en fin, positivamente histórica. ¿Y por qué, se pregunta uno, siendo este hecho general, no habia de verificarse entre los hebreos? »

« Los testigos que mejor pueden informarnos sobre la legitimidad de la interpretacion mítica de la Biblia, son sin duda los primeros cristianos, que comenzaron por ser paganos, y entre los cuales se hallaban hombres sabios y filósofos. Estos no pudieron ignorar el principio de Varron, porque conocian la mitología de los egipcios, de los griegos, de los romanos y de los persas, mejor sin duda que la conocemos nosotros en el dia. Los nuevos convertidos habian podido familiarizarse desde su juventud con estos productos de la imaginacion religiosa; los habian venerado por mucho tiempo; habian podido estudiar y descubrir todas las sutilezas de interpretacion, con cuya ayuda se habia procurado sostener el crédito de estos monumentos. Despues, cuando los nuevos convertidos comenzaron á leer la Biblia, ¿no es probable inmediatamente que hubieran reconocido y distinguido los *mitos,* si hubiesen existido? Sin embargo, ellos no vieron en la Biblia mas que una historia pura y sencilla. Es preciso, pues, segun la opinion competente de estos jueces antiguos, que haya una gran diferencia entre el modo *mítico* de los pueblos paganos y el género de la Biblia. »

« 2^o Pudo suceder, es verdad, que estos

primeros cristianos, poco versados en la alta crítica, poco capaces también en aplicarla, y por otro lado acostumbrados á los *mitos* paganos, echasen poco de ver los *mitos* de la Biblia. Mas ¿no es constante que cuanto mas familiarizado se está con una cosa, mas pronto se reconoce, aun en circunstancias desemejantes por la forma? Si, pues, las historias hebreas son unos *mitos*, ¿cómo es que los primeros cristianos no pudieron descubrirlos? Y si no pudieron, ¿no es esto una prueba de que estos *mitos* eran tan imperceptibles, que solo despues de diez y ocho siglos se ha podido señalarlos?

» 3º Si se quiere aplicar á la Biblia el principio de Varron, no se hallan en ella esos tiempos oscuros é inciertos, que debieran preceder á la aparicion de los *mitos*: á lo menos los anales hebreos no lo suponen jamás. Así, los anales de los hebreos difieren esencialmente de los de todos los demás pueblos, en cuanto al origen de las cosas. Por otro lado, las leyendas mas antiguas de las demás naciones empiezan con el politeísmo: no solamente hablan de alianzas entre los dioses y los mortales, sino que también nos refieren las depravaciones y los adulterios celestes; ellas describen guerras entre los dioses, divinizan el sol, la luna, las estrellas; admiten una porcion de semidioses, genios y demonios, y conceden la apoteosis á todo inventor de un arte útil. Si nos muestran una cronología, ó es casi nula, ó bien gigantesca; su geografía no nos ofrece mas que un campo poblado de quimeras; nos presentan todas las cosas como habiendo sufrido las mas extrañas trasformaciones, y se abandonan así sin freno y sin medida á todos los arranques de la imaginación mas extravagante. En las narraciones bíblicas es todo muy diferente. La Biblia comienza, al contrario, declarando que hay un Dios criador, cuyo poder es irresistible: quiere, y en el instante existen todas las cosas. Nosotros no hallamos en el monumento divino, ni la idea de este caos quimérico de los otros pueblos, ni una materia rebelde, ni un ahriman, genio del mal. Aquí el sol, la luna, las estrellas, lejos de ser dioses, están simplemente destinadas al uso del hombre, le prodigan la claridad y le sirven de medida del tiempo. Todas las grandes invenciones son hechas por hombres que quedan siempre hombres. La cronología procede por series naturales, y la geografía no se avanza ridículamente mas allá de los límites de la tierra. No se ve ni trasformación, ni metamorfosis; nada en fin, de lo que se lee en los libros de los mas antiguos pueblos

profanos, nos muestra tan claramente la huella de la imaginación y del *mito*. Mas este conocimiento del Criador sin mezcla de superstición, cosa tan notable en documentos tan antiguos, no puede venir mas que de una revelación divina. En efecto, esta asercion de tantos libros modernos, « que el conocimiento del verdadero Dios ha salido del medio mismo del politeísmo, » está desmentida por toda la Historia profana y sagrada. Los mismos filósofos adelantaron tan poco en el conocimiento del Dios único, que cuando los discípulos de Jesucristo anunciaron al verdadero Dios, sostuvieron contra ellos el politeísmo. Mas, cualquiera que sea el origen de esta idea de Dios en la Biblia, es cierto que se halla en ella tan sublime, tan pura, que las ideas de los filósofos griegos los mas ilustrados, que admitían una naturaleza general, un alma del mundo, les son mas inferiores. Es verdad que este conocimiento de Dios, si bien es exacto, no es perfecto; mas esta misma circunstancia prueba, que fué adaptado admirablemente al estado del hombre en un tiempo tan remoto; esta imperfección, y el lenguaje figurado, pero tan claro y tan sencillo de la Biblia, demuestran que ni Moisés, ni nadie despues de él han inventado este libro para atribuirle en seguida una antigüedad que realmente no tenía. Este conocimiento tan notable de Dios ha debido ser conservado en su pureza desde la mas remota antigüedad, ó mas bien entre algunas familias despues del origen de las cosas; y el autor del primer libro de la Biblia ha tenido por designio, al escribirle, el oponer alguna cosa cierta y fundamental á las ficciones y á las concepciones de los demás pueblos en tiempos menos antiguos. ¿Qué nación, en efecto, ha conservado un solo rayo de luz de la grande verdad que proclama el primer libro del Génesis?

» En casi todos los pueblos la mitología se desarrolló en la oscuridad de los tiempos, cuando la imaginación no tenía los hechos, y se extinguió tan luego como comenzó la historia. Los antiguos monumentos de los hebreos, al contrario, están menos llenos de cosas prodigiosas en los tiempos antiguos que en los tiempos modernos. Si el escritor que recogió la tradición de los hechos hubiese tenido por objeto el darnos una porcion de leyendas dudosas, de ficciones, de *mitos*, los hubiera colocado principalmente en los tiempos antiguos, no se hubiera expuesto á ser desmentido colocándolos en una época mas moderna, en que la historia positiva tendria mil medios de combatirlos y de destruirlos.

Así, la ausencia de prodigios en las primeras narraciones de su historia y los pocos detalles que ella presenta, no han podido dimanar sino del cuidado escrupuloso que él puso en desechar todo lo que le pareció dudoso, exagerado, extravagante é indigno de ser referido; él narra poco, porque lo que le ha parecido enteramente verdadero se limitaba á lo que cuenta. Nada hay mas imponente que notar en la Biblia los pocos prodigios muy antiguos, y la abundancia de los prodigios mas modernos: es lo contrario de lo que sucede entre los demás pueblos. En la Biblia se encuentran hasta periodos en los que no se halla ningún milagro, y otros en los que brillan á cada paso. Mas estos periodos mas particularmente milagrosos, el siglo de Abraham, de Moisés, de los reyes idólatras, de Jesus, de los apóstoles, son siempre aquellos que era necesario que un espectáculo semejante de intervencion divina confirmase la propagación de la nueva idea religiosa. Los milagros, pues, de la Escritura tienen constantemente un objeto grande y loable, el mejoramiento del género humano, y en ninguna manera son indignos de la majestad de Dios. Que se comparen con los *mitos* y las leyendas de los otros pueblos, y ciertamente no se confundirán cosas tan distintas.

» Mas, ¿cómo puede concebirse que estos documentos de la historia primitiva hayan podido conservarse sin alteración hasta el tiempo en que fueron reunidos por Moisés? ¿No pudieron ser aumentados con adiciones de la imaginación poética? ¿No sucedió esto con las tradiciones de los demás pueblos? La respuesta consiste en decir que es muy verosímil que las tradiciones bíblicas que hacen una excepción en cuanto á su superioridad evidente sobre las otras, la hacen también en cuanto á su modo de trasmisión. Su corta extensión hacia justamente su conservación mas fácil y mas concebible; ellas fueron sin duda escritas en una época en que las tradiciones de los demás pueblos no habían sido aun redactadas. Su forma escrita, su lenguaje sencillo, sus nociones claras y elementales, todo esto es en ella tan notable, que si el historiador que las reunió hubiese intentado interpolárlas, indudablemente se hubiera descubierto á sí mismo de dos maneras: por sus ideas mas modernas, y por su lenguaje mas sublime y mas esmerado.»

Para reasumir estos argumentos de Jahn contra la interpretación *mitica* de los monumentos sagrados, diremos con M. Glaire: 1º Los primeros cristianos, jueces los mas competentes en la materia que nos ocupa, lejos

de haber reconocido *mitos* en el antiguo Testamento, no han visto en él mas que una historia pura y sencilla de sucesos positivos y reales. 2º Entre los antiguos hebreos no ha habido jamás tiempos oscuros ó inciertos como entre los demás pueblos. 3º El conocimiento de un Dios único y criador de todas las cosas, que se ha conservado siempre tan puro entre los judíos solamente, no ha podido venir del politeísmo: solo una verdadera revelación ha podido comunicarle á los hombres. 4º Las historias del antiguo Testamento son las únicas que no ofrecen nada de extravagante, nada de repugnante, y hasta nada de chocante á los ojos de un crítico ilustrado que quiera despojarse de toda prevención. 5º Las tradiciones bíblicas han podido conservarse fácilmente desembarazadas de los *mitos*, tanto por su misma naturaleza, como por la manera con que fueron redactadas.

En segundo lugar, no hay *mitos* en el nuevo Testamento.

La razón que los partidarios de los *mitos* del nuevo Testamento alegan en favor de su opinión, se reduce, en último análisis, á decir que los misterios y los milagros son imposibles: esta objeción está suficientemente refutada, véase MILAGRO y MISTERIO, y no tenemos ya que probar aquí la posibilidad y la existencia real de los unos y de los otros. Mas añadiremos con M. Glaire.

1º No hay *mitos* en el antiguo Testamento; sin embargo de que la época tan remota de las narraciones del Génesis, por ejemplo, pudiera á primera vista suministrar algún pretexto para suponerlos en este antiguo documento. Demostrado esto, ¿no se debe mirar no solo como inadmisibile, si que también como altamente ridícula la pretensión de los críticos que quieren descubrirlos en el antiguo Testamento? ¿Estos escritos no han tenido por autores á testigos oculares ó contemporáneos que tocaban á los tiempos de los hechos que refieren? Para que un hecho se desfigure y tome un color fabuloso, es necesario que pase de boca en boca, que se cargue por medio de esta tradición de nuevas circunstancias cada vez mas extraordinarias, hasta que degeneren en un hecho verdaderamente fabuloso. Los racionalistas no explican de otra manera la formación de un *mito* histórico. Mas si esto puede concebirse hasta cierto punto respecto á los hechos antiguos que, habiendo pasado durante mucho tiempo por diferentes bocas, han podido vestirse de circunstancias extrañas, y venir á ser fabulosos, no hay un crítico tan poco ilustrado que suponga una trasformación seme-

jante respecto á unos hechos recientes que los apóstoles vieron con sus propios ojos, ó pudieron saber de boca de los que los habían visto.

2º Es evidente que no se pueden admitir mitos en los milagros de que, por ejemplo, habían sido testigos S. Mateo y S. Juan; porque conviniendo como se conviene en que estaban llenos de sinceridad y muy distantes de fingir, debemos inferir que nos los han referido tales como los habían visto; y como, según su relación sencilla é ingenua, estos hechos no son naturales, sino enteramente milagrosos, así es como nosotros debemos entenderlos. En cuanto á los demás hechos de que no fueron testigos, pudieron saberlos inmediatamente de boca de aquellos que los habían visto, y de los cuales muchos vivían sin duda en su tiempo; mas estos hechos importantes recibidos en su memoria, no han tenido tiempo de desnaturalizarse y venir á ser fabulosos.

Se opondrá que los apóstoles y los evangelistas, para dar más realce á su Maestro, inventaron los misterios de su concepción, de su tentación, de su trasfiguración, de su ascensión, etc.? Mas en esta hipótesis vienen á ser unos impostores, y entonces los racionalistas no deben ya ponderarnos como modelos de candor y sinceridad, tanto en sus personas como en sus obras. Además, las narraciones del nuevo Testamento son sencillas, naturales, sin afectación, y no presentan ningún indicio del género fabuloso. Son algunas veces muy laónicas, y callan muchas circunstancias, que parecen necesarias para satisfacer una justa curiosidad: tales son las de la infancia de Jesucristo. Mas unos historiadores que hubieran querido inventar circunstancias fabulosas para realzar á su héroe, no hubieran dejado de hacerle obrar una multitud de milagros así en Egipto como en Nazareth, como hicieron los autores de los evangelios apócrifos.

3º Los primeros cristianos, S. Lucas, S. Pablo, cuyos escritos poseemos, cuando hablaron de los hechos contenidos en el nuevo Testamento, los presentaron siempre como reales. Los PP. de la Iglesia más antiguos y más sabios no tuvieron nunca ninguna idea de esta forma mística con que se pretende que están envueltos estos hechos; y es incontestable que los mismos racionalistas no hubieran pensado nunca en ello, si no hubiesen visto que esta hipótesis los daba un medio más fácil que todas las demás para desembarazarse de los misterios y de los milagros del cristianismo, que son en

efecto incompatibles con su nueva y falsa doctrina.

4º Las pruebas que se dan en favor de la autenticidad y de la divinidad del nuevo Testamento, hacen resaltar la falsedad de su sistema.

Concluiremos con algunas reflexiones tomadas de M. Cauvigny:

« Es imposible á todo el que sigue el curso de las ideas, no reconocer en la marcha del racionalismo moderno, sobre todo en Alemania, una táctica diametralmente opuesta á la del último siglo. El volterianismo entonces tomaba sus argumentos de Celso, de Porfirio, del emperador Juliano; el aparato de la impiedad era enteramente pagano. Su grande elemento de triunfo era, al paso que reconocía la autenticidad de los libros santos, vilipendiar á sus autores, hacerlos aparecer bajo una forma grotesca; en fin, atraer á los burlones á su lado y prodigarles muchas chanzas bufonescas. La parte milagrosa de esos libros no revelaba á sus ojos más que el fraude de los unos y la ceguedad de los otros: todo se volvía acusaciones de artificio, de dolo, de impostura y de charlatanismo. ¿Quién no ha oído hablar de la superstición cristícola de los doce bribones que robaron, por medio de artimañas, la creencia del género humano? Mas este impudente cinismo, esta impiedad brutal, que marchan con la cabeza erguida, sin circunloquios, sin disfraz, todo esto no es ya del gran tono, ni de moda; todo esto no puede correr ya en nuestro siglo. Ahora son necesarios, sobre todo en la nebulosa Alemania, sistemas filosóficos con formas más pulidas, más graciosas y más en armonía con su carácter; sistemas apoyados en la imaginación y en la espiritualidad. La incredulidad del siglo XVIII no se ha hecho para la Alemania, y no es natural á su genio.

» Con todo eso, si el racionalismo moderno no ha seguido, particularmente al otro lado del Rin, en la crítica de nuestros libros santos, el camino que se le había trazado, no es porque se haya aproximado á nuestras creencias y como ciertos entendimientos lo pudieron creer en un principio, cuando la filosofía de Kant y de Goëte reemplazó en el mundo á la de Voltaire, que haya levantado las ruinas amontonadas por la impiedad. Lejos de eso, su crítica es frecuentemente más mortífera y más atrevida. Los exégetas del otro lado del Rin dicen á todo el que quiere oírlos: « Yo soy cristiano. » Mas de buena fe, ¿quién se dejará engañar? ¿Quién creerá en esta reconciliación hipócrita y encubierta? ¿Quién no advertirá,

desde luego que si el racionalismo acepta nuestras creencias, es para guarnecerlas con sus mil errores, someterlas á un trabajo de asimilación, absorberlas en su seno, y convertirlas en su propia sustancia? ¿Al ver la audacia con que invade nuestra fe, ¿no es evidente que la mira como una porción legítima en su herencia? Es verdad que no se encarna ya en combatirla, en negarla; pero hace otra cosa peor: la trata como una provincia conquistada, con una afectación insultante de benignidad y de clemencia; hasta la protege, mas es á fin de apoderarse de nuestros dogmas para trasformarlos en teoremas. Pero esta reconciliación hipócrita ¿no es la de Nerón cuando decía: « Yo abrazo á mi rival, mas es para sofocarle? » Diga lo que quiera la filosofía y haga lo que le parezca; su tendencia es siempre la misma. La verdad es que ella se limita á cambiar las armas enmohecidas del último siglo, á fin de llevar la lucha á otro terreno; y si parece que marcha por una senda diferente, es siempre con el objeto de reunirse con él sobre las ruinas de la misma creencia.

» Gracias á Dios, nosotros vemos muy bien adónde tienden las bellas palabras de los eclécticos y de los panteístas; los mismos incrédulos nos lo advierten: — « El Cristo, ha dicho Mr. Ed. Quinet, el Cristo sufre hoy día sobre el calvario de la teología moderna una pasión más cruel que la pasión del Golgota. Ni los fariseos, ni los escribas de Jerusalem le presentaron una bebida más amarga, que la que le ofrecen abundantemente los doctores de nuestros días. Cada uno le atrae á sí por la violencia, cada uno quiere ocultarle en su sistema como en un sepulcro blanqueado (1) »... — « La metafísica de Hegel, cada vez más señora del siglo, es la que más se ha gloriado de esta conformidad absoluta de doctrina con la religión positiva. Si hubiésemos de crearla, no sería nada más que el catecismo trasfigurado, la identidad misma de la ciencia y de la revelación, ó más bien la Biblia de lo absoluto. Como ella se tiene por la última palabra de la razón, es natural que mire el cristianismo como la última expresión de la fe. Después de estas explicaciones tan francas, tan claras, tan satisfactorias, ¿qué se ha hallado al registrar el fondo de esta ortodoxia. Una tradición sin evangelio, un dogma sin inmortalidad, un cristianismo sin Cristo (2). »

» En efecto, nuestros libros santos son el

(1) Mr. Ed. Quinet, art. sur Strauss, *Revue des deux mondes*, 4 déc. 1856, p. 626.

(2) *Ibidem*, p. 624.

fundamento de nuestras creencias, la piedra colocada en el ángulo del edificio para asegurar su solidez; si lograis conmoverla, el edificio deberá necesariamente hundirse. ¿Y no es este el objeto á que tienden todos los esfuerzos de la Alemania racionalista? ¿Qué han venido á ser nuestras Sagradas Escrituras para los exégetas? Una serie de alegorías morales, de fragmentos ó de rapsodias de la eterna epopeya, símbolos, ficciones sin cuerpo, una serie incoherente de poemas libres y de mitos. Examinemos la naturaleza de esta teoría y sus pruebas.

» Observemos en primer lugar que ella ha nacido en el seno de las escuelas panteístas, y que su punto de partida nada es menos que racional. En efecto, ¿cómo proceden los simbolistas? En un hermoso día se les antojó trasformar en hecho una de esas mil hipótesis que nacen en su cerebro como los hongos después de una tempestad; y lo que es más, dárnoslas seriamente como una ley de entendimiento humano. Según ellos, el primer desarrollo de la inteligencia en su sencillez, en su natural energía es esencialmente mítico. Id al fondo de todas las religiones, de todas las historias las más antiguas, y vereis los mitos como formando su base y su esencia. Mas estos mitos no son fábulas, ni ficciones sin objeto y sin cuerpo, imposturas premeditadas, sino la reproducción de un hecho ó de un pensamiento que el genio, el lenguaje simbólico, la imaginación de la antigüedad han debido necesariamente vestir con sus colores. Ellos penetraron después en el dominio de la historia y de la filosofía; y de aquí los mitos históricos y filosóficos. Los primeros son narraciones de sucesos reales, propios para dar á conocer la tendencia de la opinión antigua, para aproximar, para confundir lo divino con lo humano, lo natural con lo sobrenatural; los segundos son la traducción siempre alterada de un pensamiento, de una teoría y de una idea contemporáneas, que les habían servido de tema primitivo. Por lo demás, sea lo que quiera de esta alteración de los hechos históricos, no es el producto de un sistema concebido de antemano, sino la obra del tiempo; no tiene su origen en ficciones premeditadas, sino que se ha deslizado furtivamente en la tradición; que cuando el mito se ha apoderado de ella para fijarla, para darle un cuerpo, la ha reproducido fielmente. En cuanto al origen de los mitos filosóficos, nada hay más sencillo. Como las ideas y las expresiones abstractas faltaban á los antiguos sabios, y como por otro lado deseaban ser compren-

didados de la muchedumbre, accesible solo á las ideas sensibles, imaginaron el recurrir á una representacion figurativa que hiciese expresiones mas claras y sirviese como de manto á sus concepciones. Tal es en cuanto se puede fijar la teoría general de los mitos, teoría que se dice debe darnos la clave de los sucesos que la historia ha consignado en sus anales.

» Para explicar la presencia de los *mitos* en el fondo de las religiones y de las historias antiguas, han recurrido los partidarios de este sistema á un desarrollo espontáneo del entendimiento humano. ¿Quereis saber cómo pretenden dar á esta suposicion la certidumbre de un teorema de geometría? Representaos á los primeros hombres arrojados sobre la tierra, no se sabe muy bien por qué ni cómo, colocados solos en presencia del mundo material, sin ninguna idea, sin ningun conocimiento inherente á su naturaleza; pero en posesion de la facultades mas ó menos vastas, que necesariamente deberán desarrollarse bajo la influencia de las causas exteriores. ¿Cuánto tiempo pasarán así sin llegar á la conciencia de su personalidad? Aquí está uno de los *desiderata* del cisma; ó, si la solucion del problema se ha hallado, se ha juzgado oportuno guardarla para los iniciados. ¡Siempre resulta que súbitamente por una iluminacion repentina la inteligencia humana se despertó con las potencias que le eran propias á la vida intelectual y moral! El hombre que hasta entonces no habia prestado ninguna atencion al espectáculo que el universo desplegaba á su vista, comenzó á conocerse y á distinguirse de lo que no era él, el yo se abrió paso al traves del no yo. Aun mas; al entrar así en posesion de la vida, comprendió sin ningun concurso de su voluntad, sin ninguna mezcla de reflexion, los grandes elementos que la constituyen, la idea de lo infinito, de lo finito y de sus relaciones; llegó inmediata, espontáneamente á la posesion de todas las grandes verdades, de todas las verdades esenciales (1). » La razon de su ser, su fin, sus destinos, se le aparecieron claramente en esta perfeccion primitiva, y todas estas perfecciones se manifestaron en un lenguaje armonioso y puro, espejo vivo de su alma. Mas, esta *accion espontánea de la razon en su mayor energía es la inspiracion*, y el primer producto de la inspiracion de la espontaneidad, es la religion (2). Ella comienza por himnos y cánticos; la

(1) Véase á Mr. Cousin, *Cours d'histoire de la philosophie*, p. 45.

(2) Mr. Cousin, *ubi supra*.

poesía es su lenguaje, y el *mito* la forma necesaria, bajo la que los hombres privilegiados que poseen esta facultad en su mas alto grado, trasmiten á la multitud las verdades reveladas por la inspiracion.

» Nos parece que ningun sistema reunió jamás tantas imposibilidades, ni estuvo en mas patente oposicion con los hechos, con la lógica y la tradicion. ¿Qué es, en efecto, esa pretendida espontaneidad que le sirve de base? Un desvario, una hipótesis gratuita, una protesta mentirosa contra las doctrinas de la historia, una loca tentativa para sustituir yo no sé qué quimera al acto divino, á la operacion sobrenatural, á la revelacion exterior que iluminó la cuna de la humanidad. Por mas que hagan los simbolistas, no llegarán nunca á sofocar la verdad bajo el cúmulo de sus hipótesis; nosotros llegaremos siempre, siguiendo el hilo de las tradiciones antiguas, á una edad en que el hombre, al salir de las manos del Criador, recibe inmediatamente todas las luces y todas las verdades, á una edad en que Dios, para servirnos de las expresiones de los libros santos, *bajando las alturas de los cielos, descendia* sobre la tierra para hacer él mismo la educacion de su criatura. Mas, prescindiendo de las tradiciones que colocan el Eden al principio de la historia, y que conservan el recuerdo de la antigua decadencia, la razon basta para demostrar lo absurdo de esta teoría. En efecto ¿no se ha probado hasta la saciedad, que si el hombre hubiese sido abandonado en el estado en que se nos representa en su origen, nunca hubiera salido de él? ¿No es evidente para todo el que sabe comprender el lenguaje de una sana metafísica, que el entendimiento humano está en la absoluta imposibilidad de inventar el pensamiento; de crear las ideas y la palabra; de producir la sociedad y la religion (1); que necesita una excitacion exterior para nacer á la vida intelectual como á la vida física? Por el contrario, si Dios crió al hombre con las ideas y la palabra, si fecundó su pensamiento, si le reveló una religion, una vez en la posesion de estos elementos integrantes de la vida espiritual, ¿no ha debido él desarrollarse naturalmente? ¿A qué viene, pues, el recurrir entonces á la espontaneidad del entendimiento humano? « Las ideas, las expresiones, dice Mr. Maret, hé aquí las verdaderas condiciones de sus manifestaciones. ¿Cómo la forma mítica podria estar implicada en estas condiciones necesarias? ¿No es ella una complicacion absolutamente inútil? Que se pruebe esta necesi-

(1) Véase á Mr. de Banatd, *Recherches philosophiques*; á Mr. l'abbé Maret, *Essai sur le panthéisme*, chap. VI.

dad: nosotros no sabemos que se haya hecho hasta ahora.

» Es preciso, pues, convenir en que la creacion de los *mitos* es una operacion muy complicada; así es que á los primeros humanos se les concede facultades extraordinarias, y que no tienen analogía con el estado actual de la civilizacion. En efecto, ¿qué potencia no es menester suponer en los inventores de los *mitos* para poder poner en armonía, para proporcionar las ideas y los simbolos, y hacerlos adoptar á los demás? Así se entra en lo sobrenatural y milagroso; de lo cual se quiere huir por medio de la teoría de los *mitos*. No se crea salvar las dificultades diciendo que los *mitos* no son la creacion de un solo hombre, sino de un pueblo, de una sociedad, de un siglo. Esta respuesta no hace mas que huir las dificultades, hace

enteramente inexplicable la unidad que se advierte y admira en estas narraciones (1).

» ¿Y qué os parece de la buena fe de los inventores? ¿Se concibe que un hombre en cabal juicio pueda alucinarse hasta el punto de tomar por realidades los delirios de su imaginacion?... Tales son sin embargo las bases sobre que se apoya la teoría de los *mitos*. Cuando para negar el orden sobrenatural y divino, se ve uno reducido á estas miserables aserciones, no se logra mas que atraer el descrédito y el ridículo sobre su empresa, y afirmar las verdades que se querian echar por tierra. Por lo demás, es justicia: no conviene que el hombre pueda atacar impunemente la obra de Dios. » V. *EXÉGESIS (NUEVA), *EXÉGETAS ALEMANES, *RACIONALISMO.

(1) Maret, *ubi supra*, p. 410 y 411.

N

Naaman. V. ELISEO.

Nabucodonosor. V. DANIEL.

Nacianzo. V. S. GREGORIO NACIENCENO.

Nacimiento. Fiesta del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, que se celebra el 25 de diciembre.

No se puede dudar que esta fiesta es de la mas remota antigüedad, con especialidad en las Iglesias de Occidente. Algunos autores dijeron que habia sido establecida por el papa Telesforo, fallecido el año 138; que en el siglo IV el papa Julio I, á ruegos de S. Cirilo de Jerusalen, mandó que se hiciesen investigaciones exactas acerca de la Natividad del Salvador, y que se averiguó haber acaecido el 25 de diciembre; pero estos dos hechos no están suficientemente probados. S. Juan Crisóstomo, en una homilia acerca del nacimiento de Jesucristo, dice que esta fiesta se celebró desde el principio, desde la Tracia hasta Cádiz, por consiguiente en todo el Occidente, y no existe prueba alguna de que en esta parte del mundo haya variado jamás el día de la Natividad del Salvador.

No ha habido ninguna otra variacion en punto á esta festividad mas que en las Iglesias orientales; algunas la celebraron desde luego en el mes de mayo ó en el de abril, otras

en el mes de enero, y la confundieron con la Epifanía; fueron reconociendo insensiblemente que el uso de los occidentales era el mas conveniente, y se conformaron con él. En efecto, segun la observacion de S. Juan Crisóstomo, puesto que Jesucristo nació al comenzarse el empadronamiento que hizo formar el emperador Augusto, no se podía saber en ninguna otra parte mejor que en Roma la fecha exacta de su nacimiento, como que en dicha ciudad se conservaban los antiguos archivos del imperio. S. Gregorio Nacianceno, fallecido el año 398, serm. 58 y 59, distingue con mucha claridad la fiesta de la Natividad de Jesucristo, á la que llama *Theophania*, de la Epifanía, día en que fué adorado por los magos y recibió el bautismo. Véase EPIFANIA. Bingham, *Orig. ecclés.*, l. 20, c. 4, § 4; Thomasino, *Tratado de las fiestas*, l. 2, c. 6; Benedicto XIV, *de Festis Christi*, c. 47, n. 45, etc.

En tiempos muy remotos, se introdujo la costumbre en el Occidente de representar el misterio del día por medio de personajes; pero insensiblemente se introdujeron abusos é indecencias en estas representaciones, y se conoció bien pronto que no convenian á la gravedad del oficio divino, y se suprimie-